

---

JOSÉ TUVILLA

NINGUNO de los dos oímos nuestros nombres, cuando en el lejano florecer del «Andarax» nos presentaron. Cuando los repitieron: —Pepe Tuvilla—, Juan José Ceba; nuestra interlocutora se quedó sorprendida por lo que ocurrió después: los dos desconocidos se dieron un abrazo y gritaron al unísono, como si todo hubiera estado preparado desde siglos: ¡primico! Y esta palabra, antiquísima llave de la sangre, es la que sigue abriendo la fecunda amistad con Pepe y con Fernando, poeta e ilustrador de *Memoria Inmóvil*. Primos se llamaban Lorca y Alberti. Primos se llaman los gitanos. Primos somos los Tuvilla y yo, por unos Rayo-Ceba, familiares comunes, probables orígenes judíos, que nos unen. Y la poesía y el ansia de querer otro mundo.

Hay muchas cosas compartidas, pero en lo más profundo de mi intimidad hay una relación vivísima con los gemelos, por el dolor inconsolable de la pérdida —a los pocos días— de aquel hermano que nació conmigo, y que algún día me arrancará un libro de poemas. «Se canta lo que se pierde», dijo Machado o el búho que traspasa las piedras.

He bajado a sus versos. He descendido al abismo de su lucha. Pepe Tuvilla es solidario con una humanidad que muge desvelada.

#### NACIÓ PARA LA PAZ

Nació para la paz, y en todo su esqueleto lleva escrita esa palabra, grabada en cada célula de su cuerpo, en el río de su sangre, en sus genes —con memoria de persecuciones—, en su médula, en su espina dorsal, en su puro cerebro; millones de veces repetida en lo más hondo y verdadero de sí mismo esa voz blanca —paz—, a la que aspira el hombre.

La memoria, la historia, no ofrecen salidas de luz a la angustia del hombre, a sus problemas de raíz y cataclismo, problemas medulares, como la terrible lucha con el tiempo, la pura e inocente lucha entre el amor que construye y el odio que destruye. El tiempo y la muerte son injusticias cósmicas. El desamor y el odio, altos bosques de cedros quemados, que sostienen la vida de la humanidad. El poeta, intérprete de su tiempo, intérprete del corazón de la humanidad se siente insatisfecho, separado —en orfandad perpetua— del paraíso originario, de la inocencia primigenia, del concierto suavísimo de paz con que la Naturaleza y las luces ajardinaban el alma.

Tuvilla deja constancia y se rebela contra la destrucción: *la memoria inmóvil*. El hombre siente una honda nostalgia —añoranza de escalofrío telúrico— de su origen (lo que Nelly Schnaith ha llamado «El porvenir de la prehistoria») frente a una civilización que avanza destruyendo buena parte de los tejidos más cálidos del hombre. En su libro anterior *Vibración de la ceniza*, ya había una inconsolable lectura de esa destrucción: el tiempo y la muerte se enseñorean de la ciudad, de las cosas, de los cuerpos y de los objetos que participaron del amor: *Ha brotado el musgo / en la almohada, / en el hueco de tus cabellos, / como si las lágrimas /*

*se hubieran al fin prolongado / a través de los ríos / lentísimos del tiempo.*

Sin embargo, «donde ha estado la vida, quedan rescoldos, briznas, fósiles de vida», que pueden encender de nuevo los ritmos de la sangre:

*El deseo me habita el corazón / porque hay en el lecho / aroma de cerezos circuncisos / y permanece aún, como un fósil, / una brizna de vida / en los pliegues del aire.*

Es el enfoque cordial del Ave Fénix, que se alza de sus cenizas: «Aún en la destrucción, podemos encontrar la fuerza para crear la semilla que haga florecer de nuevo la primavera» —dice Tuvilla, en la entrevista publicada en *Alfaix*.

#### LA OBRA

Así, por el paisaje de la desolación, por la realidad que es, sobre todo, destrucción, el poeta contempla y saca fuerzas de su alma, de su vivo centro, para construir sobre las ruinas, para crear sobre la piel del caos, sobre el hambre, el llanto hondo, el desencanto; para levantar y levantarnos con el puro deseo.

En su libro anterior hay un llanto por la ciudad que fue un día remanso del agua, «donde el hombre era / la misma tierra germinada», y fue olvidando todo lo tierno y lo profundo, destruyendo su cultura y su civilización. También en *Vibración de la Ceniza* mantiene un diálogo de luz desesperada, con el filósofo guadijeño Ibn Tufail, con el deseo de «pintar de nuevo con el zumo de las raíces / un rostro humano en nuestra onda del agua y el suspiro interminable de la tierra».

Ante la destrucción, el hombre necesita recrear el tiempo y la memoria, inventarse mitos que hablen del júbilo y del gozoso frescor del paraíso. Sólo el amor y la palabra con labios del poeta, que aspira a infinitud, a perpetuación,

harán posible la esperanza, la recuperación de *la emoción*, la solidaridad universal, sentida desde el centro vital del espíritu, en busca de una perenne paz de humanidad recién creada.

*Memoria Inmóvil* está estructurada en tres partes: «Memoria Inmóvil», buceo y recreación mítica del pasado; «los acertijos del deseo», poemas breves de amor y desamor, y «Poemas Ginebrinos», que baja a las profundidades de la ciudad, con el bajo continuo de la paz, mordiendo con su música.

Su primer libro *Ritual de la palabra*, 1981, es el descubrimiento inconsolable de un mundo injusto y violento, que obtiene como respuesta silencio y vacíos.

*Vibración de la Ceniza*, 1982, inicia su entrega decidida a los demás. «En ambos libros —dice Tuvilla—, el silencio viene dado como solución estéril de la palabra. Y hay una resistencia a abandonar el viejo mito de la magia creadora del lenguaje, una gran dosis de esperanza, un angustiado clamor por la vida, por el hombre. Las preguntas y respuestas están en el hombre mismo, en su capacidad de decisión, en su voluntad de elegir y actuar».

Quiero señalar algunos de los rasgos que confieren el cuerpo de *Memoria Inmóvil*: el asalto de la imaginación siguiendo la tradición poética andaluza y bebiendo del aljibe andaluz del 27 (Lorca, Alberti, Aleixandre...), y de los poetas y filósofos arábigo-andaluces, adoración que compartimos con Tuvilla. Metáforas bellísimas; «Quiero beber la luna de tu vientre», ahí «sus devorantes perros de néctar» y una serie riquísima que disfrutan su pensamiento.

#### MEMORIA VIVA

Hay en este libro, como en su poemario anterior, un deseo de vuelta a los orígenes, al alba de las cosas y los sueños, al principio: «Tus besos me saben siempre a lunes», dice en un bello poema.

Tiende a esa felicidad primera, alba fresca, alegría naciente, alumbramiento mágico de la ciudad-paraiso (como en el poema «Fundación mítica de Acci»): *Era hermoso el amanecer / como los cuerpos desnudos entre las hojas. / Nada sabía del nombre de las cosas. / Todo era mágico, y los dioses / se escondían entre los entresijos de la hierba.*

Se podía pensar en Neruda y en su *Canto General*, en la utilización de los mitos para sondear la memoria, en la confluencia de misterios, la visión de lo cósmico, de las fuerzas de la tierra, en lo telúrico. Pero esos elementos constituyen la esencia de su ser: ahí, la maravilla del hombre primitivo, la inocencia, la quietud y el reposo de la felicidad primera. El paraíso antiquísimo de Guadix, valle de luz, río de vida, determina en gran medida esa actitud creadora frente al caos, de enorme coherencia con la memoria viva.

Hay aliento de vida por las piedras. Lo pequeño, lo mínimo, que tanta belleza y ternura imprime en la escuela granadina, voz interior, amorosa dedicación en la escultura, habla en este libro de la profundidad de la vida y de la muerte, ante el hallazgo arqueológico de un peine.

Erotismo. Fuerza vital del sexo. El amor como triunfo, destruyendo la destrucción y las angustias de la muerte, como perpetuación en el tiempo.

*Me empapo de tu fulgor y me niego, / a la memoria inmóvil, a la destrucción del mundo.*

La vida nace ante la contemplación del cuerpo. El hijo trae esas ramas florecidas en sus dos últimos libros de poemas.

Para Tuvilla, que no ha perdido la ingenuidad y la inocencia del hombre puro (se niega, como un niño, a la destrucción, con el arma o el alma de la belleza), la poesía puede y debe transformar y mejorar la realidad, como querían algunos poetas del 50, en un delicioso gesto de miniatura medieval. Por eso, la profunda esperanza que late en su poesía, de que los hombres sepan «de la plácida caricia de la paz».